

PROYECTO DE PARQUE INFANTIL

Una de las cosas que más gustan a los niños y niñas es un tobogán. También les apasionan los columpios. Son algunos de los elementos que habitualmente encontramos en nuestros parques, tanto públicos como de urbanizaciones, restaurantes, centros de ocio, etc.

También les entusiasman, entre otros juguetes, las construcciones, en sus distintas modalidades, tamaños, materiales, etc.

Disfrutan enormemente encajando piezas, superponiendo ladrillos o rellenando espacios huecos, tendiendo muchas veces, durante este juego, a representar la realidad que los rodea o lugares fantásticos que su imaginación recrea a partir de las historias que les contamos o a las que acceden a través de la lectura (cuando llegan a ella).

Realmente, representar nuestro entorno real o imaginario (reinterpretándolo a veces) es una necesidad que las personas tenemos a lo largo de nuestra infancia e incluso de nuestra juventud. Utilizamos para ello el dibujo, la fotografía, y otras herramientas que la tecnología nos va proporcionando. Con frecuencia vemos también a muchas personas observando y opinando sobre las obras que se realizan en nuestras calles, haciendo aportaciones que, de ser escuchadas por los técnicos, mejorarían muchas veces el diseño, los materiales y, sobre todo, la eficiencia de dichas actuaciones.

También se exponen modelos tridimensionales de los edificios antes de su construcción para que los potenciales compradores se hagan una idea de cómo puede ser en un futuro su vivienda y alrededores.

Los ayuntamientos también ofrecen vista previa con maquetas, a veces carísimas, de sus grandes planes de actuación, a veces buscando propuestas de mejora, a veces sólo para hacerse propaganda.

En cualquier caso, la representación de la realidad es algo intrínseco al ser humano.

Conscientes de ello, los educadores de educación infantil y en menor medida los de primaria, programamos actividades encaminadas a mejorar esa capacidad de representación, lo que trae consigo una mejora en la percepción del mundo que rodea a nuestro alumnado y por tanto un aumento de su capacidad para mejorarlo.

Además del dibujo, el modelado de pastas de texturas diferentes, el uso de imágenes de contextos variados para analizar personajes, lugares, etc. solemos tener en nuestras aulas materiales para que “construyan”, así, en general. Pueden ser bloques, piezas diversas, adquiridos por su

polivalencia, o materiales de desecho que se reutilizan durante un tiempo, hasta que se deterioran.

Las producciones que realizan los niños y niñas son siempre “efímeras”, puesto que se mantienen expuestas hasta que un nuevo grupo necesita ese material para realizar su propia obra.

En nuestro caso concreto se trabaja a veces dejándoles el material con la única consigna de que lo compartan, dándoles absoluta libertad, con el objetivo de que se familiaricen con las piezas, bloques, etc. y exploren sus características y posibilidades. Otras veces, ya en una segunda fase, se les hacen propuestas más o menos abiertas. Desde construir un árbol hasta una ciudad, pasando por casas, castillos, televisiones, etc. Son ellos quienes, habitualmente en grupo, deciden tamaños, alturas, colores. En ocasiones trabajan sin ningún tipo de organización, sin planificar apenas y se dejan llevar por la ocurrencia del momento. Dado que se suele analizar después el resultado final en gran grupo, surgen las valoraciones y las críticas: “Qué chuli”, “qué grande”, “qué alto”. “Eso no parece....” “Hoy sí que ha salido bien”, etc.

A partir de esas observaciones el trabajo va mejorando. El siguiente grupo trabaja repitiendo los elementos que han sido valorados positivamente y suelen evitar los que han recibido comentarios negativos. Suele ser muy significativo que haya, en cada sesión, una cabeza “pensante”, niños o niñas con una inteligencia espacial destacada. Cuando además tienen cierto carisma y logran arrastrar a los demás, lo construido responde a la propuesta y además es reconocible y, muchas veces, armonioso.

En el caso que presentamos, se trata de dos grupos de niños y niñas de cuatro años de un colegio al que acuden desde varias localidades y barrios de Madrid.

La propuesta era construir un parque de juegos, de patio de cole o de calle. Como guía se pregunta qué os gusta que haya en esos lugares y se invita a recordar cómo son aquéllos a los que han ido o suelen ir.

A partir de aquí se les brinda un material que, en una de las aulas fueron bloques de construcciones de una conocida marca y en la otra piezas de madera y otros materiales diversos.

Trabajaron en dos y tres dimensiones, descubrieron con ayuda cómo fabricar rampas o hacer bancos para que los muñecos pudieran sentarse o tumbarse, incluyeron elementos fantásticos (trampolín y lago para tirarse), camas, etc.

En las valoraciones intentamos destacar también la diferencia que suele existir entre el trabajo individual, siempre más pobre y limitado, y el que se realiza en grupo, cooperando y compartiendo ideas y materiales.

Cumplimos así otro de los objetivos básicos de nuestro proyecto educativo: fomentar el trabajo en equipo, la cooperación.

Todo esto se lleva a cabo dentro del aula, incluido en la dinámica de rincones que utilizamos en nuestra metodología. Podríamos resumir en tres fases el proceso:

- 1. Propuesta**
- 2. Ejecución**
- 3. Valoración del grado de dificultad, el proceso, y del resultado por parte de los “constructores” y del resto del grupo.**

La misma mecánica se emplea para las otras actividades que realizan los niños en cada sesión: plástica, juego simbólico, biblioteca, etc.

Pero son este rincón y el de juego simbólico los que más interesa analizar, puesto que son los que inciden directamente sobre la vida cotidiana y el análisis del medio que nos rodea, en nuestro caso la familia y la ciudad.